

EL CEMENTERIO de AMBOISE

por
Louis- Claude de Saint- Martin
dit le Phil... Inc...

Gusto a llevar mis pasos al asilo de los muertos.
Allí, muriéndose a la mentira, necesito menos esfuerzos
para comprender su lengua y entender su pensamiento,
ya que los muertos no tienen, esta idea insensata,
que todo se apaga en el hombre. En ellos, todo es vivo.
Para ellos, más silencio. En torno a ellos se entienden
los sollozos del pecador; las furias del impío;
los cánticos del sabio; y la suave armonía
de los que la amistad, el celo y la virtud
formaron más que un único corazón mientras vivieron.

Hombre, es aquí abajo que se tomó el nacimiento,
esta nada donde se quiere condenar tu esencia;
y es tu propio error que le sirve de sustento.
¡Tú sabes todo!, ¡puedes todo! y ¡puedes no ser nada!...
¡No ser nada!... ¡y entender y juzgar la luz!...
Dejo al hombre extraviado en estos sueños de la tierra:
No se nos adormece en nuestros cuerpos tenebrosos.
Cuando el tiempo nos arranca a sus ruinas fangosas,
la hora que lo despierta es una hora eterna.
¡Oh! ¡exactamente, qué transportas! ¡qué esplendor nuevo!
Tú tomas otro cuerpo, al crisol de la tumba;
un vivo resplandor, siempre más brillante y más bonito;
un vistazo más horadante; una voz más sonora;
un corazón propio más puro. Así cuando evapore
estos fluidos gruesos donde la sal es cautiva,
su fuego reanuda su fuerza, y se vuelve más activo.

Sobre este cerro, vecino del lugar que me vio nacer,
erraba solo. Nuestras tumbas, para este lugar campestre.
Me inspiró un atractivo suave y religioso.
Sabio Burlamaqui, que no lejos de estos lugares,
se santificó a la aurora de mi edad;
que un fuego consagrado, salido de su profunda obra,
agitó todo mi cuerpo de santos escalofríos,
de la justicia, en mi, grabó los fundamentos:
¡Favores, en mi primavera, tan nuevos, tan divinos!
¡Pero que ocultaban, desgraciadamente, agudas espinas!
El tiempo las hizo nacer. Por eso yo meditaba
sobre nuestros días de dolor. Pensativo, yo medía

esta larga ceguera que se llama la vida.
¡Qué tormentos, qué daños! En mi melancolía
no distinguía nada. Dando vueltas en torno a estos campos,
apenas veía estos jardines elegantes,
dónde Choiseul desplegó la fastuosidad y la opulencia,
estas modestas rocas que habitan la indigencia;
este famoso castillo que vio nacer antes
las desdichas demasiado famosas del reino de Valois.
¡Un duelo me parecía incluso, oh! quejumbrosa naturaleza,
velar todos estos tesoros, de los que hace tu ornamento
estas cosechas, estos bosques, estos animales dispersos,
este río, este bonito cielo ofrecido a mi mirada.
Feliz que puedo aún, contemplando tus obras,
allí dibujar cada día de sublimes imágenes;
y sabiendo extender un brillante colorido,
¡ablandar todos los corazones, afectando los espíritus!
Pero, hombre, costoso objeto de mi solicitud,
es tú quien me prohíbe este atractivo estudio;
es tu mano que cubre la naturaleza de duelo,
y que hizo de su trono un lúgubre ataúd;
y cuando se me quita todo en este lugar de desamparo,
tu razón, empeorando la pena que me presiona,
quiere aún cerrarme el camino de tu corazón,
y dejar el mío aislado en mi dolor.

De suerte, yo comparo los diferentes caprichos,
los éxitos, los reveses, los bienes, las injusticias,
con ciegos, saliendo de sus ciegas manos,
con ciegos, según los ciegos humanos.
Triste, me digo: Sin una ley común,
sólo quién equilibrara estos juegos de la fortuna,
y quien, uniéndonos por un destino igual,
en nuestra oscuridad, nos sirviera de fanal.
El hombre no sabría ya cuál es su origen;
creyéndose separado de la fuente divina,
se crearía dioses, y sus deseos imprudentes,
a los astros, aleatoriamente, ofrecería su incienso.
Pero esta severa detención que una ley soberana
pronunció con resplandor, a la familia humana;
este decreto que sólo nos dice: tú debes morir;
y que nos sabemos solos antes de sufrirlo,
a de similares divergencias, opone su barrera,
y extiende sobre nuestro ser una viva luz.
La muerte forzándonos a la fraternidad,
quiere pintar a nuestro espíritu esta sana unidad,
donde el amor nos espera; donde la piedad brilla;
donde, en una estancia pura, el padre de familia,

prodigando tesoros sin cesar que reaparecen,
le place confundirse con todos sus niños;
y no tiene nada con ellos que su corazón no comparta

De la naturaleza aquí tomo el testimonio:
Tu cuerpo es el producto de elementos concentrados,
los que de su libertad parecen estar frustrados.
Cada uno ellos, dejando la forma corporal,
por grados van a encontrar su base original.
Si en nosotros existe un elemento divino,
por el que la misma ley conduce al mismo fin.
Venimos de Dioses cuando se nos descompone;
y para el hombre la muerte es una apoteosis.

Así esta unidad reaparece a nuestros ojos;
y no podemos verla sino en los cielos,
aquí, en este decreto, su imagen está presente.
¿Quién no verá así una mano benéfica?

El hombre lee su detención a partir de sus primeros instantes,
para que, nuevamente nacido, medite mucho tiempo,
en este libro consagrado, las leyes de los sacrificios,
y se informe a que precio se volvieran propicios.

Estas leyes, en el animal, no tienen nada que reanimar;
él ignora su muerte, no sabe amar.
¿Qué sería pues para él esta elocuente imagen,
dónde no se le admite a comprender el uso?

Pero tú, mortal, pero tú que, bajo rasgos diversos,
haz leído esta unidad en el hombre y en el universo;
y no puede afectarte nada de lo revelado,
¿cómo justificar tu error criminal?
En tus extensos proyectos, en tus nobles esfuerzos,
tu pensamiento es siempre el ídolo de tu cuerpo;
es todavía al espíritu que tu te sacrificas;
te va mostrando por todas partes los dioses y los genios;
consagrando cada objeto, cada día, cada lugar,
Y divinizando todo finalmente, exceptuando a Dios.

Yo abordo en estos momentos el templo funerario:
¡Oh! muertos, confórtenme en mi tristeza amarga;
no puedo sino sólo a ustedes confiar mis penas.
No me creerán, los infelices humanos,
si les describía sus profundas heridas.
Entero en sus desprecios, entero en sus murmuraciones,

¡qué producirían sobre ellos las lágrimas de un mortal!

Por esto, mi inclinación me entrenó a tomar por altar,
alguna de estas tumbas, cuyo recinto está lleno.
El ser que está enterrado y amortajado,
que debía servir de ofrenda, una invisible mano,
seguramente, me guiaba en esta piadosa intención.
Mi elección no cayó sobre los que nacen,
la fortuna, el orgullo de una inútil ciencia,
habían rodeado de un resplandor prestado;
habría temido que en ellos alguna deformidad,
alguna mancha no habría hecho rechazar mi ofrenda.
Para tenerle puro, así como la ley lo demanda,
un movimiento secreto hizo inclinar mi elección
sobre el joven Alexis, un humilde campesino,
quien, en la piedad, el trabajo, la miseria,
acababa de terminar una corta carrera.
Este nuevo Jeremías inundó de sus llantos,
estos campos donde, cada día, pagaba sus sudores;
estos campos donde, ahora, su despojo descansa.
Nuestros errores, nuestros peligros eran solamente la causa.
No eran sus males: se encontraba contento.

Infeliz jornalero; pero activo, paciente,
a pesar de su infortunio, se sabe en la región,
si jamás, en su corazón, la queja había entrado
cada uno le observa como un ángel de paz.
Los pobres, frecuentemente, probando sus beneficios,
recibían de su mano su propia subsistencia.
Y cuando le dijimos: Alexis, la prudencia
te permitiría actuar más generosamente.
El sensible Alexis respondía llorando
así como este Indio al buen misionero:
Vea que Dios por allí pasa a ser mi tributario.

Tal era este cordero que, por mi, fue elegido.
En el celo extremo donde mi corazón es asido,
¡y que el celo nunca pareció más legítimo!
En espíritu, cerca mi, me imagino a la víctima;
la tomo, la preparo, y lo pongo sobre el altar:
Mi mano la riega de aceite, y la cubre con sal;
mis deseos y mis llantos me sirven de agua lustral.
Y pronto de mi seno, un largo suspiro se exhala:
"Dios de amor y paz, quién en el hombre ha sembrado
gérmenes de tu gloria, y que no los has formado
sino que para cultivarlos; por ti, te conjuro
volvete a mis deseos, si la víctima es pura.

¡Estos muertos que están aquí, que, de sus tristes días,
bajo el ojo de tu justicia, realizaron el curso,
no podrían servir a los planes de tu ternura!
Para curar a tus niños, ¡oh profunda sabiduría,
todo no está al alcance de tus potentes medios!

Ustedes aumentan, muertos, ¡oh! ustedes, mis verdaderos conciudadanos;
Dios les permite, dejar la estancia de la vida;
revisar un momento su humana patria,
sus amigos, sus padres; que todos, en estos cantones,
por ustedes, de la sabiduría, aprendan las lecciones:
El sepulcro, abriéndose a sus frágiles restos,
un día, absorberá sus pasiones funestas.
Habrán de dormir, ante el asesino,
a los que su furia habrá taladrado el seno;
el indigente famélico junto al avaro
quien le había rechazado en su desprecio bárbaro;
junto al ingrato su afanoso benefactor,
el inocente ante su persecutor.
Vengo a exponerles estos cuadros proféticos;
presento a los vivos estas lecciones pacíficas,
y que todos, a partir de este mundo, sean tan amigos. "

Una voz, que tomo por la de Alexis,
desde lo alto, sobre mi altar, repentinamente parece descender;
hasta el fondo de mi corazón se hace entender;
yo le escuchaba hablar, lleno de un santo temor;
ella parece decirme: "Amigo, tranquilízate,
tus deseos son puros; el Dios de amor y justicia,
de una mirada favorable ha visto tu sacrificio.
Hasta lo más arriba posible de los cielos tu incienso ha subido;
y no será a tu sola ciudad
que los muertos prestarán su apoyo saludable.

Un día recorrerán todos los lugares de la tierra,
para ayudar a su valor en tiempos desastrosos.
La iniquidad se acrecienta; estos sonidos injuriosos,
estas blasfemias salidas del seno de la arrogancia,
pronto, del propio cielo, armarán la potencia.
En estos días infelices, por todas partes el aire gemirá;
los astros llorarán; el mármol se compadecerá;
por la fuerza del fuego se agotarán las aguas;
por la fuerza de los vientos nacerán mil incendios,
todos los volcanes del globo vomitarán a la vez;
los elementos en guerra, entre ellos se chocarán;
todos tomarán la palabra, y de espantosas señales,
los malévolos aprenderán de qué suerte son dignos.

Alexis que te anuncia hoy estas plagas,
viviendo, no estaba solo de llorar todos estos males;
e incluso él cuenta aún en las paredes de tu ciudad,
tres hermanos de dolor. Él contaría miles
quienes velan en Francia. Ninguna nación,
se puede decir, ningún lugar, que tenga parte de este don.
Dios nunca sorprende, y su bondad suprema,
sin descanso, a los mortales les enseña sus peligros extremos."

"A ti pues, que vuelves a los muertos testigos de tus tormentos,
que tus lágrimas también van dirigidas a los vivos;
que el hombre del torrente oiga tu lengua;
la obra es grande: ella debe encender tu coraje.
Ella es tu recompensa. ¡Feliz tú de haber probado
la sed de la justicia y la verdad!
La sabiduría te ve: su bondad paternal,
en su espíritu de paz, dirigirá tu celo."
Este discurso, mis deseos, aquél que me hablaba,
todo, en mi, hacía nacer un fuego que me iluminaba,
Pero de una llama del mundo, ¡desgraciadamente demasiado desconocida!.
Mi lengua estaba muda. Alexis continuó:

"A los cultos de la tierra expone sus errores;
en su corazón, si puede ser, hacen pasar tus dolores:
¡Que presienten por este tiempo futuro! "

"Diles: ustedes quienes velan ante la naturaleza,
el compás a la mano; ustedes, cuyas artes diversas
saben pesar, numerar, medir al universo,
¿creen que aquél cuyo nacimiento tiene,
se limita a demandar a su inteligencia,
el trazar una figura? ¿A sus potentes lápices
no les han ofrecido las dimensiones?
¿Y son encargados por él de describir
los muros de este palacio, que se lloviera a construir?
¿Qué artista podría limitar sus éxitos,
diseñando héroes, a lápiz sus rasgos?
¿No se esfuerza en mostrarnos trazos,
sus almas muy enteras, y sus grandes pensamientos,
para que encantándonos por esta magia suave,
su espíritu nos atraiga y se una con nosotros?
Y aquel que del mundo pidió la estructura,
¿no encontraría en ustedes ni pintor, ni pintura!
No, estas majestuosas y sublimes designios,
que concibió formando esta obra de sus manos;
estos resortes animados de la naturaleza entera;
esta consigna que el hombre, en esta tierra,

toma de Dios cada día; esta señal solemne
que debe preservarla en nombre de lo Eterno:
Científicos, son ustedes los llamados a exponer estas maravillas;
he aquí lo que su gloria esperaba de sus vísperas.
Pero, ¿qué le corresponde de sus descripciones?
Mientras vengan por sus largas lecciones,
sin nutrir nuestros espíritus, encargar nuestra memoria,
el resto sin corona y ayuno de su gloria".

"Y la triste naturaleza en presa de todos los males;
ella que de sus cuidados esperaba el reposo;
que el hombre pudo hundir en el luto y el desconcierto,
que pesan sus grilletes, que midiendo su cadena,
que devuelve sus días de libertad.
¡Y la confortará de su viudez!
La antorcha del sol, si brilla en el mundo,
es menos para esclarecerla, que para fertilizarla. "

"Díles: "este universo que, a pesar de su languidez,
es su solo medio para probar a su autor,
sólo nos muestra de Dios la menor potencia.
Su amor, su sabiduría y su inteligencia,
les ignoraríamos si nuestro ser divino
no sirviera de espejo a este Dios soberano;
y son ustedes quienes deberían, en este espejo fiel,
indicarnos los rasgos del supremo modelo;
pero hombre, en tu ojo sólo hay oscuridades;
aún no han pesado sus facultades:
Pretenden a veces, que la idea es innata;
a veces, que por los sentidos nos es dada.
La idea, objeto profundo que les divide a todos,
no es innata en ustedes, sino a costa de ustedes.
Estos animales, estos frutos, incluida la más pura esencia,
prestándoles su ayuda, sostiene su existencia,
están también como innatos ante su cuerpo.
¿Son innatos en él? No, pero gracias a los resortes,
los que la sabia naturaleza proporcionó a sus vísceras,
estas sustancias para él no le son extrañas.
Sus jugos con los jugos de él se pueden combinar,
y su sangre al fin apropiárselos:
De sus dudas por esto los límites son fijados.
Ustedes nacen, ustedes viven en medio de los pensamientos;
y lo que les hace hombres, es el derecho maravilloso
a admitir en ustedes estos frutos; formar con ellos
un suave vínculo, fundado sobre su analogía;
de ir, con este título, a las puertas de la vida,
hacerles entregar este pan de cada día,

el que reaparece sin cesar en el eterno amor.
Pero sobre todo hace de ustedes un espíritu bastante sabio,
para discernir los frutos que pueden usar,
cuánto fruto poco maduro, corrompido, venenoso...
Las arenas del mar no son más numerosas."

"Díles: "El hombre es bien grande, su espíritu les perdona
el error donde, sobre él, el vuestro se abandona:
Él no se ofende por los gritos de un pueblo infantil.
Mientras que su voz lo condena a la nada,
piensa, se libera del yugo pesado de las horas;
recorre libremente las celestiales residencias,
estos lugares donde la felicidad se suspende jamás.
Cuando se ha renovado en esta estancia de paz,
vuelve de nuevo a contemplar estos asombrosos prodigios,
que el universo al sabio ofrece aún los vestigios;
con el consentimiento del maestro, él puede acercarlos;
tiene derecho a verlos; incluso de afectarlos,
electrificarlos por su viva influencia,
y de hacer brotar las características de su potencia ".

"Díles: "vean allí el culto soberano,
que del supremo amor, fue el supremo fin.
Cuando este germen fecundó recibió la orden de nacer,
los libros, los escritos no existían aún.
Es el texto madre; y las tradiciones
que no son más que reflejos y traducciones.
Este culto estuvo basado en el hombre y la naturaleza.
Es un aparato vivo, copiado sobre la herida;
y de la curación que es el verdadero canal.
Él debe tomar lo impreso y las formas del mal.
De abuso hecho en su nombre, un torrente nos inunda:
Pero ustedes quienes dan para las antorchas del mundo,
no vayan repitiendo que todo culto piadoso,
no es y no fue nunca sino supersticioso,
las bases en adelante son justificadas:
Si el mundo se llena con errores santificados;
si por todas partes la impostura se añade a estos abusos,
cada divergencia, de su fuente, es un testigo más
del hombre quien cada día nos muestra su debilidad,
¿sin el fruto de la vid habría conocido la embriaguez?
¿La avaricia sin el oro? ¿Sin Dios la impiedad?
¿Y la mentira, finalmente, sin una verdad?
Supliquen, créanme, sus frívolos estudios,
fácilmente deslumbrados por semejanzas,
al más grueso escollo del error los condujo.
Vean todos los pasos, en estos distintos frutos,

mismos hechos, mismas leyes, mismos nombres, mismos números,
no tuvieron el arte de clasificar estas ruinas.

El Zodíaco escrito en Henné, Tintyra.

Los cultos de todos los tiempos tenían el tipo de allí.

Del número impresiona sobre él, la fuente es eterna;

Y el círculo mismo ofrece el modelo.

¿Qué importan los errores que las edades móviles

habrían visto deslizarse en las fechas del tiempo?

Un cálculo falso que adopta o produce la ignorancia;

las bases no destruyen ni el objeto, ni la esencia

Ascienda pues a estas leyes que no cambian jamás:

El espíritu en la naturaleza gusta grabar sus rasgos;

por ella exactamente se sigue esta impresión;

la muerte misma no hace más que copiar la vida.

Pero cuando el espíritu les pinta estos grandes conceptos,

y se abren de nuevo allí las santas regiones;

el hombre hace la antorcha del error y el crimen,

y marcha al borde de la nada o el abismo. "

"Díles: "Ustedes, escritores, famosos oradores,

quienes vienen a, decir, disipar nuestros errores,

¿cuál de los más bonitos de sus derechos no podrían alcanzar?

Lo que la poesía tiene la audacia de fingir,

su viva elocuencia tiene derecho a operarlo.

En la cátedra, la mancha nunca ha de entrar,

que el sólo nombrar de donde procede la palabra;

los prodigios entonces repletan su escuela,

Sabrán de la sabiduría asegurar los progresos:

Así como un poeta informa de estos secretos,

quien el arte de hablar sería realmente el oráculo,

no haría un verso que no hiciera un milagro.

Sí, nuestras lenguas podrían sólo tener que bendecirles:

Pero si prefieren de hacerse aplaudir;

si de la ilusión que es los intérpretes,

vienen, entre nosotros, como los falsos profetas,

desvíe la palabra a su solo beneficio;

o bien decir en su nombre lo que no dijo,

sus palabras un día les serán imputadas,

o, como un falso metal, ellas serán tratadas".

"Diga al hombre de bien: marcha el corazón roto;

gimiendo sobre el mal, y sin cesar abrazado

de celo para tu Dios, de amor para tu similar.

De tu maestro divino sigue el ejemplo inefable.

Si sabes como él lleva todos tus deseos

hacia la obra de tu padre, y vive de suspiros,

para que él observe al hombre y para que lo cure,
entonces llenándote con el espíritu de justicia,
nada te afectará sin mover tu fe, y sin hacer una virtud de ti."

Aquí, sea el poder de mi suave esperanza;
bien que estos grandes destinos se mostraran por adelantado;
parecí presentir que plagas terribles
sucederían para nosotros de momentos más felices.
Yo cosecho ver la sabiduría sentada sobre un trono,
describiendo hoy día lo que vive Babilonia,
cuando en medio de un campo, la voz de Ezequiel,
haga revivir e ir a todas las muertes de Israel.
Yo recojo sentir que finalmente esta santa sabiduría.
Realizando para nosotros su divina promesa,
nos volverá nuestros tesoros, por Babel arrancados:
Que restablecerá todos nuestros huesos desecados;
que el hombre reaparece; que las tribus cautivas,
por él, del verdadero Jordán, recuperarán las orillas;
Y que Jerusalén volverá a ver a sus niños.

"Sí, me dice Alexis, tendrá lugar este tiempo,
donde el hombre volverá a entrar en la tierra prometida.
Al verdadero Dios, por su brazo será sometido:
Pero anuncia a los mortales que no lo vivirán,
en tanto que para su maestro la cultivarán."

Estas palabras son las últimas que Alexis hizo oír.
Cuando yo reservé los cielos, cuando yo bendije su ceniza,
muy lleno de este fuego que brilla en mi seno,
de mi pacífico techo yo he recogido el camino,
esperando en secreto que estas sanas luces
encuentren algunos accesos en el corazón de mis hermanos.

Traducido por Prometeo del francés de <http://gallica.bnf.fr>